XVI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A
Sorprendente parábola de la confianza de Dios en el hombre

Monseñor Eugenio Scarpellini, obispo y misionero del Reino

El Obispo de El Alto en Bolivia, Monseñor Eugenio Scarpellini, ha fallecido hace tres días, con gran sorpresa y consternación para su Diócesis de El Alto y para toda la Iglesia de Bolivia. Estaba hospitalizado por causa del Covid-19 y, cuando no parecía grave su situación, sobrevinieron dos paros cardíacos que provocaron su muerte. Descanse en la paz del Reino de Dios el que ha sido un gran testigo del Resucitado, un entusiasta de la Iglesia y un misionero apasionado por el Reino. Desde aquí nos unimos en el dolor por su pérdida a toda la Iglesia de Bolivia y a su familia. Oramos por él, agradeciendo a Dios su vida y su ministerio sacerdotal y episcopal. Fue secretario de la Conferencia Episcopal Boliviana y el director y artífice del V Congreso Americano Misionero del 2018 en Santa Cruz de la Sierra, evento en el que tuve la oportunidad de trabajar muy cerca de él. Nos ha dejado, para pasar al Reino eterno, un hombre de fe, de entusiasmo y de alegría, que ha trabajado por la misión en América y por la pacificación en Bolivia, trigo bueno que ha crecido entre nosotros y ha dado un gran fruto. Descanse en paz.

Las parábolas del Reino en San Mateo

Uno de los discursos fundamentales de Jesús sobre el Reino de Dios en los tres evangelios sinópticos es el de las parábolas, del cual estamos escuchando en la Iglesia estos domingos la versión de San Mateo (Mt 13). Este discurso de parábolas presenta en el evangelio de Mateo algunas variantes respecto a los otros evangelios. Así por ejemplo, el primer evangelista añade a las parábolas del sembrador y la del grano de mostaza, presentes también en Marcos y Lucas, la de la levadura que fermenta en la masa, tomada de la fuente Q (presente en Lucas), la del tesoro escondido en el campo, la del mercader de perlas preciosas y la de la red de peces buenos y malos.

El Reino, misterio de vida y crecimiento

Según las parábolas el dinamismo imparable del Reino de Dios en esta tierra es un misterio paradójico. Cuando Jesús habla del Reino no dice nunca en qué consiste sino a qué se parece. Se trata de algo muy pequeño, sencillo, apenas perceptible..., pero es una realidad preñada de vida, con potencia para crecer, cuyos frutos se perciben en el momento oportuno, pero no de manera inmediata. El Reino de Dios es un misterio de vida y de crecimiento, como una semilla que crece, sin que nadie sepa exactamente cómo, hasta hacerse como una espiga o como un árbol frondoso en cuyas ramas anidan los pájaros. El contraste entre el comienzo débil y el magnífico resultado final es lo que subrayan la parábola sinóptica del grano de mostaza y la marcana de la espiga.

La vida del Espíritu como semilla del Reino eterno

La acción del Espíritu en el ser humano es también así. Es real, pero apenas perceptible, potente, pero sin triunfalismos, con futuro, pero no siempre inmediato. Nuestra vida es frágil, corta, diminuta, pero está llena de una vida

densa con proyección de futuro y con destino fructífero. La vida del Espíritu a través de la Palabra en nosotros es la semilla del Reino. La vida histórica de una persona forma parte de ese comienzo del Reino en nosotros, pero no es todavía su final, pues éste trasciende esta vida terrena y llega hasta la vida eterna. La parábola suscita así la confianza plena en Dios, la esperanza en la transformación del corazón humano y en el cambio del mundo y la apertura del Reino a todas las gentes, representadas en los pájaros que vienen a anidar.

La parábola del trigo y la cizaña

Con todo, la principal aportación de Mateo al discurso consiste en la transformación de la parábola de la semilla que crece por sí sola, propia de San Marcos, en la del trigo y la cizaña (Mt 13, 24-30), incorporando además las claves de su interpretación (Mt 13,36-43) . Con gran realismo en el primer evangelio se constata la presencia maligna de la cizaña entre las espigas de trigo para mostrar la huella perniciosa del mal en la historia humana. Tres elementos singulares destacan en la parábola. Uno es que un enemigo, el maligno, sembró la cizaña mientras las gentes dormían. Otro es que las cizañas serán arrancadas a su debido tiempo, pero no ahora, y serán arrojadas al fuego. Las cizañas son la obra del maligno, que se manifiesta particularmente en los corruptores de la historia y en los que practican la injusticia. Y el último elemento a destacar, el que me parece más significativo, es que el dueño del campo tenga una confianza tan extraordinaria en el trigo sembrado y en la abundante cosecha que producirá, que, por conseguir todo el bien posible, se permite incluso la existencia del mal durante esta fase de la historia humana.

La confianza de Dios en el hombre

La razón principal por la que el Señor del campo, que es el mundo, confía en la productividad y en la eficiencia de lo sembrado es que la buena semilla ha sido sembrada por el Hijo del Hombre, y éste revela el triunfo de su obra en su muerte y resurrección, lo cual garantiza el éxito de una gran cosecha en los seres humanos. Éstos, ya regenerados y nacidos como “hijos del Reino”, constituyen la buena semilla que tendrá una cosecha abundante y brillarán como el sol en el Reino del Padre. Esta perspectiva positiva de confianza de Dios sobre la persona merece la pena ser destacada en los tiempos que corren, pues es el fundamento de la esperanza, la del Reino de Dios, que nace del triunfo de la vida sobre la muerte en la Pascua del Señor muerto y resucitado. Cuando por la acción del Espíritu de Dios y gracias a la Nueva Alianza, la semilla presente en cada persona lleva la marca de calidad del Hijo del Hombre entregado hasta la muerte por amor, entonces no hay ser humano que pueda darse por perdido en esta historia, ni vencido del todo por la cizaña del maligno. Por eso debemos permitir y hacer crecer todo lo bueno y justo que hay en cada hombre. Probablemente así la cizaña irá desapareciendo y la que quede todavía al final de la historia en cada uno será quemada poniendo a salvo el trigo y amontonando las obras de calidad de toda persona en el granero de la bondad divina.

La sorprendente confianza de Dios

Por ese motivo, en la aplicación personalizada de la parábola a cada una de nuestras vidas como creyentes, cuando nos encontramos rodeados, envueltos o

involucrados en la experiencia del mal, y frecuentemente agobiados por ello, en nosotros debe prevalecer la experiencia de que Dios confía en cada persona, esperando de ella lo mejor, a corto, medio o largo plazo. Porque Dios siempre confía en nosotros y, como dice el libro de la Sabiduría en la primera lectura de hoy (Sab 12,13.16-19), su soberanía universal le hace perdonar a todos y gobierna con indulgencia, dando a los hombres la dulce esperanza de que, en el pecado, hay lugar para el arrepentimiento. Se puede decir, por tanto, que Dios confía en cada hombre mucho más de lo que cada uno de nosotros puede imaginar. Y esto, una vez más en el Evangelio de Mateo, confirma que también en las parábolas se cumple la Sagrada Escritura cuando dice: *"Abriré con parábolas mi boca, anunciaré cosas ocultas desde la fundación del mundo"* (cf. Sal 78,2).

La última palabra sobre el mal es la de Dios

La perspectiva del final de la vida, cuando llegue el tiempo de la cosecha, lejos de permitir la legitimación de cualquier tipo de mal provocado por los hombres, lejos de suscitar la tolerancia de la injusticia y de la corrupción, abre el horizonte humano a la trascendencia y a la figura del Hijo del hombre como referente definitivo de un juicio ineludible, en el que la palabra de Dios se cumplirá. Entretanto, mientras se espera la cosecha final, es misión de los creyentes descubrir y afrontar la existencia del mal, detectar el crecimiento de la cizaña y advertir y denunciar los daños que pueda ocasionar. Y hay que seguir creciendo y desarrollando todo lo bueno, pero con la conciencia de no ser más que criaturas y muy limitados, y confiando en que la última palabra es de Dios y no del hombre.

El Evangelio, fundamento de nuestra esperanza

La palabra del Evangelio es el fundamento de nuestra esperanza y nos permite tomar conciencia de que la última palabra en la historia es de Dios y no del ser humano. Esa palabra afirma que "recogerán de su Reino a todos *los corruptores y a los que cometen la iniquidad y los echarán a la hoguera de fuego (…) y entonces los justos brillarán como el sol".* Aunque éstas sean expresiones de un género literario apocalíptico (cf. Sal 141,9 y Dn 3,6), que como tal hay que comprender, no dejan de ser el pronunciamiento de una sentencia radical y última de la justicia de Dios, manifestada por el Hijo del Hombre, acerca de la verdad y del discernimiento permanente entre el bien y el mal que, según los parámetros del Reino, tiene que caracterizar la vida del discipulado.

El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad

Abramos nuestro espíritu, por tanto, al Espíritu de Dios que viene en ayuda de nuestra debilidad (Rom 8,26-27) para que el dinamismo del Reinado de Dios y la fuerza de su amor se adueñen de nuestros corazones y posibiliten el cambio de nuestras vidas y el crecimiento efectivo del Reino de Dios y su justicia. Así se desarrollarán en nosotros los grandes valores del cristianismo, como son el perdón, la transparencia interior, la responsabilidad, la justicia divina y la entrega solidaria y comprometida a favor de los últimos. De este modo la Iglesia puede ser verdadera "presencia de esperanza y compromiso", fermento en medio de la masa de la sociedad, espacio abierto para la misión evangelizadora,

mediante la cual la Palabra de Dios ha de iluminar y transformar los criterios y los valores culturales, los hábitos y costumbres sociales así como las leyes y normas políticas y económicas.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura